

# Medicamentos en venta, ¿peor el remedio?



Dayamis Sotolongo Rojas

Enferma ver, en cualquier red social a la que se acceda, el precio en el que se cotizan no pocos medicamentos. Pueden ser lo mismo antibióticos que antipiréticos que antiinflamatorios. Lo que escasea en la farmacia, lamentablemente, se compra “por la calle” al costo que sea y aunque no se trate, muchas veces, del medicamento recomendado.

Las tarifas oscilan desde los 180 pesos por tirilla hasta los 500 y más; y los fármacos en venta, en ocasiones, han sido hasta de producción nacional. Es entendible —no la comercialización por cuenta propia— que cualquiera por un familiar enfermo y necesitado de alguno de los productos que se expenden pague lo que sea preciso para poder acceder al tratamiento. Pero ahora menos que nunca podemos caer en la trampa de automedicarnos.

Lo advierto porque algunos espirituanos han padecido las malas experiencias tras la adquisición de uno de esos fármacos que traen desde Rusia, Panamá, Haití, España... y luego venden sin el más mínimo conocimiento farmacológico.

Al chat de WhatsApp de esta reportera llegaba días atrás el testimonio de una abuela que, de no ser por su precaución, hubiese puesto en riesgo la salud de su nieto. Y lo cuenta ahora para que lo que fue un susto no se convierta en una pesadilla de alguien más.

Para aliviar sus dolores articulares había buscado en los grupos de Revólco existentes en Facebook las ofertas de medicamentos y entonces logró contactar con uno de los vendedores.

—Hola, soy la señora que le escribí para comprar el Diclofenaco+Paracetamol, dijo parada frente al muchacho en los bajos de aquel edificio.

Entonces el joven le habló de otros fármacos disponibles como una Duralgina buenísima para bajarle la fiebre a los niños: Biogesic. Con el blíster entre las manos la señora dudó; y le advirtió que consultaría y, de no servirle, le devolvería el producto.

La salvó la duda y la consulta. Entre los compuestos del fármaco estaba la Nimesulida, producto contraindicado para los menores de 12 años de edad y que ha sido suspendido en varios países debido a causar hepatotoxicidad grave.

Mas, no todos han corrido con la misma suerte. Días después de aquel suceso vivido por la abuela espirituan, el pasado 20 de julio, el periódico *Invasor*, de Ciego de Ávila, alertaba sobre la atención a tres menores de edad en el servicio de Pediatría del Hospital Rober-

to Rodríguez, de Morón, por la ingestión de Nimesulida.

La pediatra Arisney Jiménez Herrera explicaba al medio de prensa avileño: “En menos de 15 días hemos tenido tres pacientes pediátricos con reacciones anafilácticas luego de la ingestión de este medicamento; reacciones que pueden atentar contra su vida.

“Las personas que lo están vendiendo —advertía la especialista— lo promocionan como Dipirona, Metamizol o Duralgina, y los padres, por desconocimiento, lo compran y se lo dan a los niños para bajar la fiebre; más ahora que hay alza de enfermedades que producen fiebre elevada como las arbovirosis, el síndrome boca-mano-pie, herpangina y las enfermedades diarreicas agudas por rotavirus que también cursan con fiebre”.

Aunque los niños en pocos días regresaron al hogar fuera de peligro, el hecho anterior nos deja no pocas lecciones y también interrogantes: ¿Será más fácil darles a nuestros hijos una pastilla cualquiera antes que consultar a un doctor? ¿Nadie controla una venta sin prescripción facultativa alguna que puede enfermar en lugar de sanar? ¿Los vendedores se saben a salvo en su impunidad?

Cuando el pasado 16 de julio del 2021 el Ministerio de Finanzas y Precios emitía la Resolución 309, publicada en la *Gaceta Oficial No. 62 Extraordinaria*, la cual flexibilizaba la importación de alimentos, aseo y medicamentos en equipajes acompañados de los pasajeros que arriben al país sin límites en valor y cantidades y libre del pago de los aranceles, intentaba con ello paliar la escasez de medicamentos en la isla, acentuada por la crisis sanitaria causada por la covid y el recrudescimiento del bloqueo.

Pero de buenas intenciones, según reza el refrán, está empedrado el camino del infierno. Y de esta flexibilización se han aprovechado algunos para montar a sobreprecio —y a veces a costa de la salud de los otros— sus farmacias particulares.

Que existe déficit de muchísimos de los medicamentos que componen el cuadro básico de salud es cierto y hasta ha sido reconocido por las autoridades; que algunos prefieren tener la opción de un mercado informal, costoso y, en ocasiones, inseguro para adquirir el fármaco que necesitan antes que no tenerlo es verdad también; que cualquiera por un familiar enfermo hace hasta lo imposible para salvarlo resulta innegable...; pero debemos consultar antes de tomar la salud por nuestras manos.

En cualquier barrio hay un médico, en todas las áreas de salud existen consultorios, en las instituciones asistenciales trabajan especialistas y lo que puede parecer muela es ahora mismo un abecé que no debemos dejar de cumplir: antes de automedicarse, consultar al médico. Porque la realidad confirma que, a veces, el remedio puede ser peor que la enfermedad.

# Que la sensibilidad no pase de moda



Ana Martha Panadés Rodríguez

La solidaridad viene en el ADN de los cubanos. Nos distingue y nos enorgullece. Y no es que sea un cliché. El incendio ocurrido en Matanzas —como mismo atenazó el pecho— confirmó que no solo con espuma y otros productos químicos se logró sofocar el fuego. Cuando el calor y el humo oscurecieron todo, se encargó de recordarnos que gracias a ella se ganan las batallas.

Unos más cerca de las llamas y el resto apoyando en lo que hiciera falta: sangre para los pacientes con quemaduras, alimentos, ropas y medicinas para las personas evacuadas, medios de transporte, mensajes de aliento... El verdadero rostro de los cubanos que se contraponen a estas otras escenas captadas por el lente y la pluma de *Escambray*.

Con el bebé en brazos la mujer espera casi una hora para comprar helado mientras en la cola nadie se inmuta; cuando le llega el turno toma las barquillas y se aleja. El resto de las personas sigue pendiente de la venta, sin reparar en el brillo de los ojos del niño y la impotencia de la madre.

En el portal del Banco Popular de Ahorro, la anciana pregunta si hay prioridad para los jubilados y el hombre de unos 40 años responde tajante: “Es la misma cola”. “Es que estoy operada del corazón”, intenta explicar la señora. Y otra vez el tono cortante: “Si no tiene carné de impedido físico no va a pasar”. Todos callan y otorgan.

En la farmacia, en la bodega, en las tiendas, en las ferias, en el área de espera de un policlínico, en una oficina de trámites es real la necesidad de adquirir los productos o acceder a un servicio. ¿No importa a qué precio?

Y no me refiero solo al costo económico, que anda por las nubes a causa de los efectos de la inflación y el desabastecimiento; sino, además a las otras secuelas de la escasez y sus manifestaciones de egoísmo, insensibilidad, indiferencia, maltrato y hasta de chapucería. Todas ocasionan malestar y estimulan actitudes opuestas a la solidaridad, un valor que en esta isla —de tan arraigado— es símbolo de cubanía.

La sensibilidad, su hermana gemela, constituye el mejor antídoto contra este fenómeno que no puede naturalizarse pese a las angustias cotidianas. Se define como interés, preocupación, colaboración y entrega generosa hacia los demás. Ponerse en la piel del otro, añadiría.

De su significado se infiere que va más allá de la simple aceptación para animarnos a actuar y nunca ser cómplices del irrespeto, la mala atención, la desidia y la arrogancia, actitudes que proliferan lo mismo en una cola, que en dependencias del Gobierno y en la consulta de un hospital, donde —lo hemos vivido todos en carne propia— una sonrisa y el trato amable reconfortan muchísimos.

Y si queda claro que en momentos cruciales no hay seres más humanos y participativos que los cubanos, en el día a día la sensibilidad escasea. Se agota como cualquier artículo de alta demanda; desfallece por el

estrés, los apagones o en medio de la prepotencia y el individualismo.

Se encuentra ausente también entre no pocos funcionarios públicos o de quienes laboran en oficinas de atención a la población. Allí, detrás del buró, hay hasta quien disfruta mentir, complicar trámites, trabar soluciones y sepultar la esperanza de personas que esperan por decisiones trascendentales. Necesitamos mirar un poco más a los ojos y al alma de los otros para que el verbo servir recupere su nobleza, como reclamaba hace poco el periodista Reinaldo Cedeño.

En la lista de insensibles no pueden faltar algunos choferes que no recogen pasajeros en las carreteras o lo hacen de mala gana; los que “resuelven” siempre porque no respetan el orden en una cola o aparece un “socio”, mientras a embarazadas y ancianos se les niega cualquier prioridad.

Duele en particular el maltrato a nuestros abuelos en la calle y también en el hogar; porque, dejemos claro, la insensibilidad casi siempre nace puertas adentro a través de expresiones y comportamientos que los infantes aprenden de los mayores, incorporan y luego reproducen.

Esta falta de nobleza hace daño en un país donde el espíritu solidario ha contribuido a forjar la propia memoria de la patria desde la fraternidad tallada en la manigua hasta el internacionalismo de los cubanos. A lo largo de la historia sobran evidencias de que la generosidad nos ha salvado como nación y como pueblo. Ahora no puede ser diferente.

Ante las urgencias del país en el orden económico, productivo y social no olvidemos entallarnos los valores que nos distinguen como seres humanos auténticos, creativos, emprendedores, pero también altruistas y solidarios. Que la sensibilidad no pase de moda.

